

Versaciones de un chupaplumas

Pero las cosas se complicaron



Y cuando quise reconocer honestamente y asumiendo toda mi responsabilidad — no recuerdo si entre plato y plato o ya en el postre, aunque más me inclino a suponer que “entre plato y plato” porque como estaba atravesando una época de mucho trabajo apenas tenía tiempo de parar en la cafetería y había suprimido el postre — que todo había tenido lugar en mi imaginación y sólo en mi imaginación y en ninguna otra parte y sin la intervención — que



yo supiese, al menos — de nada ni de nadie más, estábamos frente a unos hechos consumados y ante una situación que no tenía ya vuelta atrás por más que todos los implicados se mostraran deseosos de colaborar y se ofreciesen, como se ofrecieron, a rectificar o desdecirse o hacer cualquier cosa — “lo que haga falta”, dijeron, y parecían sinceros — que posibilitase el que “nuestras vidas”¹ se reencauzasen y adquirieran una cierta apariencia de verosimilitud que les confiriese el halo de respetabilidad con que los “seres racionales” — “porque racionales sí somos, ¿verdad?, aunque no del todo razonables”² — anhelan perdurar en la memoria de las generaciones venideras.

¹ Que me pareció (o quise creer) que al pronunciarlo Sonia, que al decir Sonia “nuestras vidas” me estaba incluyendo; y eso me reconfortó porque representaba un punto de esperanza o, al menos, un clavo ardiendo al que agarrarme para poder, una vez llegado el momento (aún tan lejano, desde luego, y tan difícil de imaginar sin más referencias que lo que la fe de otros alcanzó a con mayor o menor acierto inculcarnos) de rendir cuentas ante el Sumo Hacedor de mis pequeños actos, aducir aunque fuese sin toda la convicción y la voz un poco temblorosa, que no todos los errores, ni todos los desajustes, podían ni debían en justicia imputárseme.

² Y emitió Sonia, al preguntar, una risita nerviosa; mordisqueándose el labio inferior como temerosa de haber hecho una afirmación descabellada.